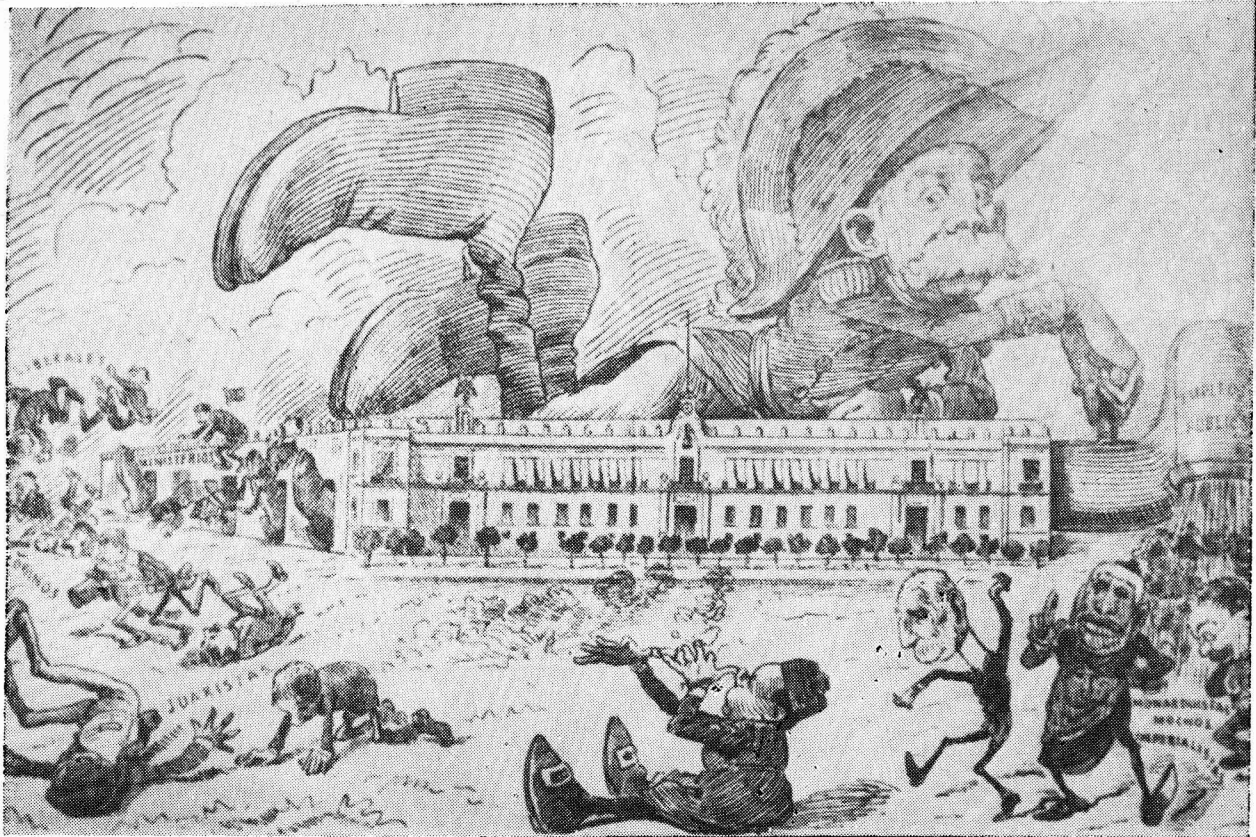




Caricatura de Jesús Martínez Carrión, en *El Hijo del Ahuizote*, 1902

IMÁGENES DE LA REVOLUCIÓN



Posada. — Calavera maderista



Posada. — Entrada de Madero a México

50 AÑOS

• La izquierda mexicana está desorganizada y dividida; ésta es una evidencia que todos admiten. Pero ¿es acaso imposible su reorganización? Porque si nada pudiera hacerse ya, ni el movimiento a favor de la independencia sindical habría despertado tantas esperanzas ni la derecha estaría tan llena de santo horror y descubriendo fantasmas en donde no los hay.

Necesariamente, un análisis concreto de la actitud contemporánea de izquierda debe partir del proceso social iniciado en 1910 cuando adquirió, como posición política, un sentido moderno. No obstante, en términos generales, la izquierda ha estado siempre al lado de los profundos movimientos sociales. El hombre de izquierda mexicano estuvo con la Revolución de Independencia y la Revolución de Reforma, lo mismo que apoyó después a la Revolución de 1910. Una caracterización más precisa y rigurosa del hombre de izquierda tendría que comenzar por una aproximación al panorama general, que abarcara su significación no sólo en nuestro país sino en el mundo; lo que la izquierda ha significado en los tiempos modernos, a partir de la Revolución Francesa, pasando por la Revolución de octubre, hasta llegar a las revoluciones de los países subdesarrollados. Habría que analizar después el contenido y las implicaciones del término en América Latina, desde las Revoluciones de Independencia y todos los movimientos reivindicatorios de contenido social surgidos en el Continente durante el siglo XIX hasta los más recientes. Por último habría que rastrear en los tres grandes movimientos nacionales de México y hurgar el pensamiento de nuestros principales dirigentes e intelectuales representativos. Sólo así sería exhaustiva la caracterización; pero semejante empresa desbordaría por completo las posibilidades de este esquema un tanto apresurado. Por otra parte, es posible asegurar que la impresión y confusión sobre el sentido de la izquierda como actitud y acción políticas sólo existen en la mente de quienes tienen interés —e intereses— en confundir y embrollar los términos. Además, como el movimiento, las ideologías se demuestran siempre sobre la marcha, con los hechos. Nadie pone en duda la ideología de Hidalgo o Morelos, del doctor Mora o de Benito Juárez. Como tampoco nadie podría dudar sobre la ideología de Santa Anna o de Porfirio Díaz. Y dentro de la Revolución, una confusión entre Zapata y Carranza, entre Obregón y Ávila Camacho, entre Cárdenas y Miguel Alemán sería significativa. La historia sólo recoge la actuación real y el político, como todos los hombres, es lo que hace y no sólo lo que piensa. Por más retórica que se utilice, los hechos develan las ideologías: "dime qué haces y te diré quien eres".

DESPUÉS

por Enrique GONZÁLEZ PEDRERO

La Revolución y el desde arribismo

LA REVOLUCIÓN MEXICANA —vale repetir aquí el lugar común— fue una vuelta hacia nosotros mismos. El país se hallaba perdido, se había empeñado con el extranjero: lo mismo económica que culturalmente. Los mexicanos, como afirma el dicho popular, éramos “candil de la calle y oscuridad de la casa”. A partir de la Revolución, México tiene la posibilidad simultánea de calar en su pasado, asimilándolo, y de forjarse un porvenir auténtico sin interferencias ajenas. Comienza así un buceo que nos conducirá al redescubrimiento de lo nuestro, de lo bueno y de lo malo. La Revolución, a la manera de un psicoanálisis, tratará de tomar conciencia de los complejos nacionales para poderlos superar en un futuro inmediato. Uno de estos “complejos” —y no el menor por cierto— es el *desde arribismo*. Entiéndase bien, no afirmamos que nuestra ciega confianza en “el de arriba” se haya gestado con la Revolución; simplemente, el movimiento social de 1910 lo utilizó como propio, se sirvió del axioma a tal grado que acabó por tragarse a la Revolución en lugar de que ésta, como pretendía, se sirviera de él.

Si una Revolución es ciertamente una expresión sintética entre el pasado y el futuro, entre lo viejo y lo nuevo, en la nuestra lo hecho pesó más que lo por hacer. Esto es, influyó tanto el pasado que a pesar de la fuerza renovadora, de lo revolucionario, la inercia le restó progresivamente velocidad hasta casi nulificarlo, hasta asimilárselo. La Revolución, por tanto, se hizo contra “los de arriba” pero, una vez que ella misma se hizo de arriba, que “degeneró en gobierno”, se apropió de los métodos de sus enemigos, de los métodos anteriores —del pasado— para construir el porvenir... y la inercia hizo lo demás. En lugar de que la Revolución impusiera su principio popular, en tanto que *democrática*, desde el pueblo que la hizo posible, “desde abajo”, se impuso el método tradicional, el método forjado en anteriores etapas históricas, renovado ahora con un barniz pequeño burgués primero y burgués luego, propio de las clases que la dirigían.

Por tanto, criollos, liberales y revolucionarios se adaptaron a ese viejo principio, método y sistema que viene desde la Colonia. Pero ello no supone, como se ha sostenido, que el principio sea bueno o que nos sea peculiar. Cualquier estudio serio de la ciencia histórica enseña que los pueblos, en su evolución, atraviesan diversas y progresivas etapas históricas y el pueblo mexicano no constituye la excepción, a pesar de las teorías que tratan de hacernos creer en nuestras peculiaridades, es decir, de aquellos razonamientos que al tropezar con alguna dificultad para explicar un acto o una decisión en nuestro país le encajan el remoquete ya consagrado como expediente “mágico”, que todo lo dice y que no explica nada: tal cosa es, o se hace “a la mexicana”.

Pero habría que preguntarse más bien si ese *desde arribismo* no ha sido uno de los elementos más activos en la frustración de nuestros movimientos revolucionarios. Si algo ha obstaculizado a la Revolución Mexicana —en tanto que dejó al pueblo sin recurso político defensivo— ha sido el *desde arribismo* y, viceversa, ha privado a los gobiernos con “intenciones revolucionarias” de los factores de poder para gobernar revolucionariamente. El *desde arribismo* no es, pues, algo peculiar, distintivo de “lo mexicano” sino el efecto, el reflejo de una situación económico-social pretérita; o, en otras palabras, una superestructura ideológica y política que ha refluído y obstruido por períodos —hasta ahora de cincuenta años— el libre desenvolvimiento de la estructura económico-social. Mientras exista una relación inadecuada, un desnivel entre el desarrollo económico de un país y su desarrollo político, mientras ambos no coincidan —hasta donde es posible esa coincidencia— hay el peligro de que el impulso revolucionario reaparezca. En una palabra, el *desde arribismo* no es un fenómeno peculiar, distintivo de lo mexicano sino el producto de una situación feudal que ha pervivido y afectado, como elemento desequilibrador, nuestros movimientos sociales, sobre todo, el de 1910. Este feudalismo político se opone al avance de las fuerzas productivas desarrolladas en México en virtud del movimiento revolucionario, lo que produce una contradicción que sólo podrá superarse si no se impide la expansión, el reacomodo de la democracia económico-social, política, sindical y agraria.

Revolución desde arriba

Si sociológicamente la Revolución de 1910 es democrático-burguesa, desde el punto de vista organizativo puede calificarse, por tanto, como una Revolución “desde arriba”. En cierta forma, ambas caracterizaciones se intercomunican: en tanto que burguesa, la Revolución que iniciara Madero no podía ser sino una Revolución desde arriba. Así pues, nada más natural que el método de organización que partía de la cima a la base, el método desde arriba, pareciera el adecuado. Cuando Madero, desoyendo a Carranza, firma los Tratados de Ciudad Juárez, cuando Carranza desconoce a la Convención de Aguascalientes y la derrota con Obregón, cuando Obregón se reelije pasando por alto el principio político esencial ya consagrado constitucionalmente, están utilizando un método que se institucionalizará con la creación del partido oficial durante el callismo. Los ejemplos podrían multiplicarse hasta la actualidad.

El *desde arribismo* es, pues, un vicio de origen, constitucional por así decir, inseparable e insuperable de la Revolución Mexicana. Es la causa del centralismo político, del presidencialismo, es decir, de la “democracia dirigida” que impera en nuestro país. De hecho, este método irrumpe en todo el sistema constitucional desvirtuándolo, mistificándolo y, consecuentemente, influye de manera decisiva y encauza las



relaciones políticas de los mexicanos, de los de arriba y de los de abajo, de la burguesía y del proletariado.

Este obvio pero fundamental principio, este método de organización, este sistema de gobierno —que todo ello es— ha constituido el pivote de la política mexicana. Sin tenerlo en cuenta es imposible comprender la Revolución Mexicana. Pero exagerándolo demasiado, es decir, considerándolo como principio eterno y exclusivo se corre el riesgo de no entender la etapa presente y las futuras. Porque, en efecto, si algo puede servir de estela entre los períodos anteriores y el actual en la política y en la ideología militantes, es esa columna vertebral de la Revolución: el *desde arribismo*. Así, la misma incomprensión revela quien juzgue las etapas anteriores sin tener en cuenta el motor que las puso en movimiento, como quien pretenda medir a las actuales con idéntico patrón.

Principio esencial. Si hay un primer principio, un principio que ha estructurado toda la política mexicana, es éste que venimos analizando. De izquierda o de derecha el político "realista" jamás lo olvida y, si lo hace, automáticamente deja de ser realista y político. Quien incurra en tamaño desacato, desconoce las jerarquías, se "pasa de la raya" y, como todo el que olvida las reglas, pierde el juego. Podríamos afirmar que en México todo es posible menos la violación de dicha "esencia" que, más que principio político, parece y es, un enunciado teológico; como nuestra política más que tal, parece teología. Y si nuestra política es teología nuestros gobernantes son dioses. Así, todo viene de arriba, del cielo. De ahí el sentido místico, vagoroso, sutil, impreciso y secreto de las relaciones políticas en nuestra *civitas dei*.

Método de organización. Si el *desde arribismo* es la esencia de la política "a la mexicana" es lógico que se haya convertido en completísimo método de organización para canalizar nuestras relaciones políticas. Es bien sabido que el general Calles organizó el partido oficial con el objeto de "encauzar las ambiciones de nuestros políticos, disciplinándolos al programa que de antemano se aprobara".¹ Indirectamente podría afirmarse lo mismo de los actuales partidos de oposición. En resumen, el sistema de gobierno mexicano, a pesar de la Constitución y los principios jurídicos, está fundado en un paternalismo centralizador que, utilizando la *cooptación*,² ha dado origen a fenómenos políticos bien conocidos como el caciquismo, el "charrismo", el "tapadismo" y, en relación con este último, el sistema de designación por sobre lacrado.

Causa y efectos

Mucho se ha hablado de nuestras relaciones hipócritas en la política; de la abulia cívica de la ciudadanía; del sentido de dependencia; de la liga que el ciudadano del país establece más que con las ideas con los hombres, con los caudillos. Pero el hecho es que esta realidad es producto y reflejo del *desde arribismo*. Un ejemplo: el 1º de septiembre de 1928 el presidente Calles, en su último informe de gobierno, afirmaba rotundamente "la entrada definitiva de México al campo de las Instituciones y de las Leyes y el establecimiento, para regular nuestra vida política, de reales partidos nacionales orgánicos, con olvido e ignorancia, de hoy en adelante, de hombres necesarios como condición fatal y única para la vida y para la tranquilidad del país". No contento con haber realizado una obra de gobierno positiva, aunque contradictoria, Calles daba muestras de una finísima visión política y exigía que no fueran ya los individuos providenciales sino los programas, las virtudes cívicas, el apoyo popular desde abajo, la "verdadera libertad democrática" los que fundaran firmemente las bases de las instituciones. Y sin embargo ¿qué sucedió? Justamente lo contrario. Se trataba sólo de la justificación habilidosa, "a la mexicana", de la necesidad de crear un organismo, el P. N. R., destinado a centralizar la vida política, desaparecido el gran unificador de voluntades que era Alvaro Obregón.³ Con razones justas, con argumentos válidos se fundó un partido que nulificaría sus bases mismas. Mistificaciones como ésta han engendrado el desconcierto, la desconfianza, la desesperanza, la invalidez de la palabra, las leyes y las instituciones y, como contrapartida, la validez exclusiva de los "jefes", de los individuos.

Todas estas manifestaciones negativas en la base, producidas por los actos nugatorios, las traiciones y mistificaciones en la cima condicionan a su vez, dialécticamente, afirmaciones en la superestructura que justifican y sostienen las tesis cínicamente diversificadas del *desde arribismo* clásico: "el pueblo no está preparado para gobernarse", "si se deja el sufragio en sus manos entregará el poder a los curas...", etc. Entramos, así, en el círculo vicioso fundamental: si los mexicanos estamos desconcertados, desesperanzados, desconfiados; si no creemos en las palabras, ni en las leyes, ni en las instituciones, ni en las ideas; si somos dependientes del poder central y, por tanto, abúlicos, inconscientes, huecos, es por-



que así nos han conformado los hechos y, a la inversa, si así son los hechos es porque no los cambiamos, transformando a la realidad y a nosotros mismos.

El movimiento obrero y el campesino, factores fundamentales para la realización de una política revolucionaria, fueron, también, organizados y dirigidos desde arriba. La historia del movimiento obrero mexicano, desde febrero de 1915, es una larga enumeración de pactos expresos o tácitos con el poder público: desde los batallones rojos de la Casa del Obrero Mundial, hasta la firma del "Pacto Obrero Industrial" en 1945. Claro que con significados distintos según la etapa, pero siempre con una misma constante, la supeditación y la falta de autonomía.

En tanto que el movimiento obrero contemporáneo fue uno de los resultados más concretos de la Revolución, el principio, método y sistema de ésta se ha reflejado en la estrategia, táctica, organización y política de la clase obrera y en su ideología combativa. Esto es, la clase obrera, el fundamento de la izquierda mexicana, ha tomado prestados de la revolución todos los elementos que requería para formular y realizar una política. Los logros obtenidos han variado, como variables han sido las etapas revolucionarias recorridas. Pero el resultado indiscutible es la asimilación de la clase trabajadora al gobierno y su pérdida completa de independencia. La clase obrera ha sido organizada, pues, desde el gobierno, "su" estrategia y táctica han sido condiciones desde el gobierno; "su" política ha sido la del gobierno y su ideología, naturalmente, la del gobierno es decir, la de la Revolución Mexicana. O sea, que no ha habido un diálogo entre gobierno y obreros sino un monólogo en que "arriba" se ordenaba y abajo se ejecutaba. Las cosas salieron bien mientras los gobiernos fueron revolucionarios pero en el momento en que, por la dialéctica misma del movimiento revolucionario, la burguesía ya no necesita de máscaras, el movimiento obrero maniatado y unido al principio esencial de la Revolución es impotente y sus reacciones, a falta de un canal adecuado para manifestarse y producir efectos, apenas son tomadas en cuenta.

Con los campesinos sucedió algo semejante, si bien habría que exagerar la nota para que la descripción resultara realista. De ahí el surgimiento de los líderes "charros", de los dirigentes impuestos desde el gobierno. Todo el mundo conoce la organización del partido oficial: en tres sectores se





Posada. — La muerte de un maderista

encuentran agrupados campesinos, obreros y burócratas. Cada sector es una confederación de sindicatos o agrupaciones, dirigidas por *delegados* del poder público y no por *representantes* de los agremiados contra su voluntad. En caso de conflictos sociales —cuando los hay— es obvia la inclinación de los dirigentes que, a su vez, forman parte del gobierno, como “representantes” en alguna de las Cámaras legisladoras, posición que ocupan por el sostén de la maquinaria oficial.

La “Unidad Nacional”

Estos hechos concretos han tenido como justificación una teoría política: la de la Unidad Nacional. Según esta teoría, la clase obrera y el campesinado unidos y organizados (desde el PRI), unen sus fuerzas a las de la burguesía nacional para realizar los “objetivos de la Revolución Mexicana”. “Ahora bien, precisamente por esta identidad entre el proletariado y la burguesía en la ideología de la Revolución Mexicana, ésta ha tenido para los obreros la apariencia de un fenómeno separado, ajeno al conflicto mundial, con soluciones nacionales privativas de la propia Revolución Mexicana”.⁴

He aquí una explicación más de los funcionales “peculiarismos” de nuestra realidad y el por qué de la “perennidad” de los objetivos de la Revolución. La Teoría de la Unidad Nacional y de la Revolución Mexicana ha sido una especie de campana neumática que ha aislado temporalmente a las clases populares entre sí y ha estorbado la relación del conjunto nacional con las realidades del mundo exterior.

Pero, no obstante la organización monolítica y sus justificaciones ideológicas, los cambios producidos en el país por la Revolución de 1910 son innegables. La Reforma Agraria y la industrialización, aunque incompletas, son hechos palpables. Claro que el proceso capitalista que se nos impuso los deformó, pero aun así, reforma agraria e industrialización produjeron un proletariado y un campesinado que a pesar de la organización de arriba a abajo y del aislamiento ideológico, han ido cobrando conciencia histórica creciente de manera natural, pausadamente.

Tiempos nuevos

Hacia finales de 1958 y principios de 1959, la opinión pública se conmovió por dos acontecimientos políticos capitales: la lucha que los obreros comenzaron a librar a favor de su

independencia sindical y el triunfo de la Revolución Cubana. Por otra parte, las noticias nos han venido enterando cotidianamente de las invasiones de tierras que los campesinos realizan para satisfacer, por vías de hecho, sus demandas agrarias, así como de la lucha que los municipios llevan a cabo en contra de caciques y autoridades impopulares. Por último nadie desconoce la pésima, irracional e injusta distribución de la riqueza nacional, que cada día vuelve más miserable a la mayoría del país; mayoría que, justamente, lucha contra los líderes “charros”, invade tierras, pelea a favor de las libertades y derechos cívicos y, en ocasiones —como en el caso del cacique michoacano— ejerce la justicia por su propia mano. Estos hechos, por demás significativos, han servido de centros aglutinadores de lo que se ha empezado a llamar una “Nueva Izquierda”. Nueva, porque los principios, métodos y sistemas en los que cree son radicalmente diferentes, *opuestos* a los empleados hasta el momento; nueva, porque sigue con atención los movimientos internacionales no para justificar los internos sino para presionarlos, para criticarlos, para empujarlos; nueva, porque no quiere aconsejar “desde arriba” sino compartir y aprender enseñando desde abajo. Nueva, en una palabra, porque sabe que la única manera de forjar una política llena de sentido es *organizando* a los factores que harán posible esa política.

Las cuatro grandes demandas nacionales y el desarrollo económico

¿Qué nos está mostrando la realidad? ¿Por qué los obreros luchan contra los líderes “charros”? ¿Por qué los campesinos invaden tierras? ¿Por qué se enfrentan los ciudadanos contra autoridades a las que no han designado? ¿Por qué se han ido recordando las posibilidades industriales del país? Estas cuestiones nos llevan directamente a los problemas nacionales más importantes que hoy confronta el país y que, en términos generales, podrían resumirse en cuatro grandes demandas:

Democracia agraria. Hemos hablado de la relación que debe existir entre el desarrollo económico y el político y cómo en México hay entre ambos un desnivel. Ese desnivel se presenta, también, entre el desarrollo industrial y el agrícola. En tanto que el industrial se ha realizado progresivamente, no podemos decir lo mismo del campo. En consecuencia, la interrelación que debe darse entre ambos no existe. Naturalmente esto ha repercutido en el desenvolvimiento indus-

trial del país que, desde luego, ha sido menor al que *potencialmente* podría haberse producido. De ahí la necesidad de realizar lo que don Jesús Silva Herzog llama la "reforma de la reforma agraria". *Democracia económica*. Mejor y más justa distribución del ingreso nacional. Es decir, que los beneficios del desarrollo industrial se repartan entre los grupos mayoritarios del país y no, como hasta la fecha, entre la minoría. Ello redundaría en un alza del nivel de vida que sería benéfica, a su vez, para el crecimiento económico. Es imprescindible, pues, la *democracia sindical* de modo que los ajustes entre capital y trabajo puedan solucionarse entre los grupos interesados, patronos y obreros, sin las interferencias y obstrucciones (sin los chantajes hacia ambos) que representan los líderes "charros". Finalmente, urge la *democracia política* con el objeto de que el Estado mexicano adquiriera la suficiente fuerza, la representación nacional efectiva necesaria para librar la batalla a favor del desarrollo económico, tanto en lo interno como en el exterior.

Las nuevas tareas

El cincuentenario de la Revolución se presta para que, con sentido de responsabilidad, hagamos el balance de lo hecho y cobremos conciencia de lo que falta por hacer. Los balances son útiles siempre. Hemos visto como la Revolución Mexicana utilizó un método que ha comenzado a revelarse incapaz para resolver los problemas de nuestra época. Y si los métodos y sistemas anteriores ya no funcionan, si ya no sirven para solucionar las cuestiones candentes sino que, por el contrario, los embrollan y dificultan su solución, sería absurdo pretender perpetuarlos. Es imposible ignorar lo que ha ocurrido en el mundo y en México desde la terminación de la segunda Guerra Mundial. De otra manera los hechos seguirán trascendiéndonos a todos. Resolver las *cuatro demandas nacionales* es actualizar la Revolución Mexicana, llenarla del contenido contemporáneo que le falta, darle nuevos alientos y vigorizarla para la lucha que tendrá que librar en un futuro que es ya casi presente. Y ese futuro está en manos de lo que nosotros mismos somos, en manos de los países subdesarrollados: los verdaderos continuadores de lo mejor de la cultura occidental que, después de todo, no hubiera sido posible sin el trabajo, sin la laboriosidad, sin los frutos de los países jóvenes que ahora comienzan a hacer historia. Nosotros podemos y debemos participar en esa historia. Hagámoslo.

NOTAS

1 E. Portes Gil, *Quince años de política mexicana*. Ediciones Botas, México, 1954, p. 228.

2 "Recuerdo la opinión de uno de los más altos funcionarios públicos, amigo íntimo del presidente Alemán, cuando yo le hacía ver la forma arbitraria en que eran designados los gobernadores de los Estados. Esa persona me dijo: 'sólo hemos modificado un poco el procedimiento tradicional, porque durante los gobiernos de don Lázaro y de don Manuel lo que ocurría era que los aspirantes a la gubernatura de los Estados, todos ellos amigos del Presidente de la República, se disputaban de manera escandalosa, que llegaba en ocasiones a la violencia, para que, a la postre, el Partido decidiera en favor de alguno de ellos. Ahora le hemos ahorrado al pueblo sus inquietudes y a la opinión pública muchas molestias, porque el presidente Alemán no permite que sus amigos riñan en público por el gobierno de un Estado, si no que elige a algunos de ellos y obliga a los demás a que se disciplinen.

Yo repliqué: ¿Y el pueblo, que quiere votar, que desea elegir a un gobernador de su simpatía?

—'El pueblo! Usted sabe que eso no cuenta ni contará jamás en la elección de los gobernantes de México.'

Y ese fue el procedimiento empleado. Los gobernadores de los Estados nombraban a los diputados de las legislaturas locales. Estos ponían a los alcaldes y regidores de los ayuntamientos, y el ejecutivo de la Unión, oyendo a veces a los gobernadores y concediéndoles una parte de sus demandas, elegía a los diputados y a los senadores del Congreso de la Unión.

Ese método se sigue en la actualidad [1955], y como el vicio y la virtud se perfeccionan con el tiempo, el espectáculo que presenciamos hoy, frente a la elección... de los miembros de la Cámara de Diputados, del Congreso y de los gobernadores de algunos Estados, no puede ser más deprimente. Basta leer los diarios de la ciudad de México para conocer en todos sus detalles el sistema: los aspirantes a diputados se reúnen en el patio y en los corredores del edificio que ocupa el Comité Nacional del PRI, como los traficantes de la Bolsa de Valores de cualquier país capitalista, esperando el alza o la baja de sus posibilidades de alcanzar el puesto que anhelan, pues la confección de las listas de diputados es difícil, ya que es necesario satisfacer muchas exigencias y el número de curules es corto. La lucha se concentra entonces en la búsqueda de influencias políticas, hasta que —según la propia expresión de los interesados— aparece la lista de los "amarrados", que es la que el pueblo debe sancionar con su voto entusiasta." V. Lombardo Toledano, "La perspectiva de México. Una democracia del Pueblo". *Problemas de Latinoamérica*, vol. II, N° 3. México, 1955, pp. 45-46.

3 Otro tanto sucedió durante el gobierno de Avila Camacho, cuando éste afirmó en la presentación de las reformas a la ley electoral que, consolidada la Revolución y habiendo aumentado la educación cívica de la población, el poder público debía intervenir menos en las elecciones y el pueblo debía aumentar su participación.

4 J. M. Elizondo y R. López Malo, *La derrota de la clase obrera mexicana*. México, 1953, p. 4.



Posada. — Alegoría de revolucionarios

